

**RESEÑA DEL LIBRO «EL POETA LINARENSE
PEDRO DE PADILLA. ESTUDIO
BIOBIBLIOGRÁFICO Y CRÍTICO»**

Autor: AURELIO VALLADARES REGUERO

**Publica: U.N.E.D. Centro Asociado «Andrés de Vandelvira»
de la Provincia de Jaén**

Por *Dámaso Chicharro*
Universidad de Jaén.
Instituto de Estudios Giennenses

POCAS veces habremos tenido ocasión de ocuparnos de un trabajo de las características del que en este momento va a merecer nuestra atención, porque se trata, sin duda, de uno de los mejores estudios de conjunto sobre cualquier poeta que se hayan pergeñado en los últimos años. Y no exagero con esta afirmación, ya que Aurelio Valladares se ha preocupado de un poeta ni mucho menos desconocido, de un auténtico «clásico», sobre el que existe, incluso, una moderna –pero parcial– tesis doctoral de 1993, pero sobre el que en realidad, como obra revalorizadora de conjunto, no hay prácticamente nada, si descartamos las observaciones tan intuitivas como particulares –aunque meritorias– de autores como Joseph Fucilla, Joaquín de Entrambasaguas o J. J. Labrador y Ralph A. DiFranco, que en sus respectivos y conocidos estudios se han referido a la personalidad y obra del linarense, pero de manera tangencial. Nadie había profundizado con la seriedad y rigor del profesor Valladares.

Si algo cabe decir de este estudio, en principio, es que se trata de un paciente trabajo de extremado rigor. Nos recuerda, salvadas las distancias, el del fallecido Manuel Caballero Venzalá sobre toda la creación del Santo Reino de Jaén, su conocido *Diccionario biobibliográfico*, porque no deja cabo suelto. Todo lo documentable queda perfectamente documentado. Y cuando no puede hacerse así, por ejemplo, porque ha desaparecido un imprescindible documento, tras los avatares de nuestra Guerra Civil, como es el caso de su partida de bautismo, con lo cual difícilmente podremos saber cuándo nació Padilla exactamente, las hipótesis que se trazan son de tal ri-

gor y de tal precisión, que prácticamente sitúan la fecha con extrema seguridad, rozando hasta el año, con un margen mínimo de error, a tenor de los datos que por otras fuentes se manejan, de manera que muy difícilmente podrá ser ya rebatido por investigadores posteriores.

El estudio se divide en cuatro grandes partes, con abundantes capítulos cada una, perfectamente acordes con el tema que tratan. Vale decir: comienza con una Introducción, donde sitúa la investigación sobre Pedro de Padilla hasta 1995 y se admira, en efecto, de que una obra y un autor de esta talla apenas haya trascendido y apenas se haya estudiado en serio, pese a la cantidad y calidad de investigación que se ha dedicado a nuestro Siglo de Oro: «Sorprende no poco –dice el autor– que un poeta como Pedro de Padilla, uno de los autores más renombrados en los ambientes literarios de la segunda mitad del siglo XVI, permanezca hoy día, después de cuatro siglos, en un práctico semiolvido. Podría pensarse que su obra se encuentra alejada de los gustos actuales, pero sería difícil demostrar que esto sea en mayor proporción que en el caso de muchos de sus contemporáneos. Incluso concurren circunstancias particulares que hacen aún más llamativa esta situación. Pocos poetas de su época gozaron de la fama y reconocimiento con que contó Padilla». Y, en efecto, cita los elogios de escritores tan notables como Silvestre, Acuña, Hurtado de Mendoza, Barahona de Soto, y luego la flor y nata del Parnaso Español: Ercilla, Rufo, Espinel, Pedro Laínez, López Maldonado y, por supuesto, las dos figuras señeras de Cervantes y Lope de Vega, quienes le dedicaron, por diversos motivos, rendidos elogios. Y nada digamos del tema de la difusión impresa de las obras, pues Padilla tuvo la satisfacción de verlas cumplidamente editadas en libros independientes o en los habituales cartapacios que circulaban de mano en mano, cuando son tan frecuentes entre sus mismos contemporáneos estrictos aquellos autores que no llegaron a ver su obra publicada en su momento y que, sin embargo, disfrutaron y disfrutaron de bastante renombre, como es el caso de Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Figueroa, Medrano, Francisco de la Torre, etc.

Pedro Padilla se halla, pues, entre los que tuvieron el privilegio de ver publicada la mayor parte de sus obras en aquellas fechas, tanto las de tono mayor como las de tono menor y, sin embargo, no ha merecido un estudio de conjunto digno de tal nombre hasta el que tenemos en las manos, pese a la fama y reconocimiento explícitos, que nunca faltaron en los críticos, más como recurrente pleitesía de obligado cumplimiento que como fruto de la lectura y vigencia reales. El trabajo sigue después con una espléndida apor-

tación de datos biográficos, empezando por el lugar de seguro nacimiento, Linares, una población entonces con aspiraciones de villa independiente, patria chica de Padilla, de lo cual ya no cabe la menor duda; continúa con la resolución del problema biográfico más complejo: la fecha de nacimiento, donde traza plausibles hipótesis que la crítica subsiguiente no tendrá más remedio que aceptar en la situación definitiva de nuestro poeta. Pasa al estudio en profundidad de su etapa de formación, en las Universidades de Granada y Alcalá de Henares, donde, sin duda, se echaron los cimientos de lo que fue una espléndida personalidad literaria, según se manifiesta en sus obras. Se analiza con detalle la estancia de Padilla en Madrid, otra estancia temporal en Sevilla que fructifica en su creación posterior, pero sobre todo su contacto con los círculos literarios de la Corte; en especial, la amistad con Cervantes, tal vez propiciada por el maestro López de Hoyos, que se inicia, acaso, durante la estancia de éste en Madrid, a finales de 1580 ó comienzos del año siguiente. Se estudia la motivación de su ingreso en el convento Calzado de Madrid y, por ende, el cambio de la temática de sus obras, que pasa a ser de modo casi exclusivamente religioso. Se cita también, cómo no podía ser menos, la problemática relación de Padilla con la Inquisición, uno más de los muchos autores que hubieron de vérselas con el Tribunal del Santo Oficio, con las consecuencias que esto suponía para toda la actividad literaria, que había de reducirse «voluntariamente» a una temática distinta de la que hasta entonces había dominado en su obra, y culmina con unos datos sobre los últimos días de su vida, enfocados en páginas verdaderamente espléndidas.

Mucho más interesante, tal vez, que el anterior, pese a todas las precisiones biográficas de primera mano, es el capítulo II, dedicado a la fama literaria de Pedro de Padilla porque, en el reconocimiento de los contemporáneos, no para en barras de autores de segunda o tercera fila, como podrían ser Pedro de Cáceres o Luis de Vargas Manrique o Cosme de Aldana, que lo citaron encomiásticamente y lo admiraron de la forma poco usual que de sus textos se desprende, sino que va directamente a la cabeza de la gran producción de nuestra literatura áurea: Vicente Espinel, Miguel de Cervantes, Lope de Vega, Francisco de Quevedo, etc., etc. Tal vez uno de los logros más significativos del libro –con serlo tantos– radique en la concienzuda labor de búsqueda de Aurelio Valladares, que llega a precisar todas y cada una de las referencias que se hacen a Padilla en textos de todas clases, con la minuciosidad y rigor en él acostumbrados, que llega, en su afán de servicio al lector interesado, hasta la ordenación alfabética, de manera que se pue-

den constatar las citas y obras exactas en una lista que comienza por Hernando de Acuña y concluye con Cristóbal de Virués. En medio quedan no solamente las grandes cimas de nuestra literatura, como Lope o Cervantes, sino Hernando de Salinas, Diego de Santisteban Osorio, Francisco de Montalvo; por supuesto don Francisco de Quevedo, Gabriel o Juan López de Maldonado y un extensísimo etcétera de no menos de treinta o cuarenta autores, cifra más que llamativa para poeta de tan escaso reconocimiento actual.

Asimismo es fundamental el epígrafe que dedica a la difusión de su obra y a la valoración que la crítica posterior atribuyó a la producción de nuestro autor. Muy en concreto nos interesa el epígrafe número 5, dedicado a la crítica local giennense, que se cifra en el homenaje de Linares, su ciudad natal, al poeta en 1957. No obstante tal vez el capítulo decisivo por el esfuerzo que supone recopilar tan disperso material, con la precisión de que hace gala Valladares, sea la relación biobibliográfica de la producción literaria de Pedro de Padilla, donde se recogen todos los manuscritos a que ha tenido acceso el crítico sin excepción, con un detalle que nos hace recordar a la escuela de Simón Díaz a la que Valladares pertenece por este y otros estudios. Se citan pormenorizadamente las obras impresas, con referencia exacta a los lugares donde se conservan, sean bibliotecas tan encumbradas como las de Londres, Madrid, Nueva York, o de pequeñas poblaciones como Cieza, Baeza y lugares de mediana importancia. Sigue la perfecta referencia a las obras traducidas, a las perdidas, a las falsamente atribuidas y un epígrafe importantísimo de aprobaciones de libros, género que en aquellas fechas era verdadero lugar común en autores de prestigio, cuyo parecer se solicitaba por vía administrativa, así como a las recopilaciones de temas de Padilla en obras impresas posteriores, que demuestran que fue autor estimado por todos los poetas de las generaciones siguientes hasta bien avanzado el siglo XVIII. Asimismo incide en la relación de poemas de Padilla recogidos en manuscritos y en otras obras impresas, con la minuciosidad y rigor tantas veces encomiados, apoyándose siempre en el soporte bibliográfico preciso, con perfección, hasta culminar con el índice alfabético de primeros versos, que ahorra al futuro investigador toda una serie de pasos para llegar al dominio absoluto y definitivo de la obra del Carmelita.

Ahora bien, nos parece que con todo lo dicho hasta ahora el libro es mucho más valioso por cuanto descubre aspectos verdaderamente novedosos en el estudio no sólo de las obras del poeta linarense. En concreto, me

ha llamado la atención porque es verdaderamente excepcional la claridad y la lucidez con que Aurelio Valladares distingue un episodio en particular que creo supone la parte decisiva de su aportación, con ser ésta en su conjunto tan valiosa. Me refiero a los diez sonetos que desde la edición de González de Salas han sido atribuidos a Quevedo. Es un hecho suficientemente comentado el de la dificultad de edición de las obras de Francisco de Quevedo; poco comentado —digo— hasta el extremo que se merece, aunque por supuesto, José Manuel Blecua, Pablo Jauralde y otros editores, desde José Antonio González de Salas (siglo XVII), se hayan visto involucrados en el galimatías de la edición quevedesca, que ha propiciado —todavía en 1996— episodios como el que constatamos. Dicen los críticos avezados que los dos grandes problemas que subsistían en nuestra literatura para una puesta al día fiable y científica eran sobre todos la edición de Quevedo y la de Juan Ramón Jiménez, autores tan distantes en el tiempo y que por muy distintas circunstancias han tenido una transmisión verdaderamente difícil. El capítulo que dedica Valladares a los diez sonetos de Padilla que han pasado a la falsa propiedad de Quevedo es verdaderamente un modelo de ecdótica literaria estricta, hasta el punto de que las páginas de su estudio que van de la 181 a la 190, pasan por ser, en mi opinión, el mejor análisis de atribución, documentalmente probada, que se haya realizado por la crítica reciente referida a autores clásicos. Creo que merece la pena que el lector se detenga morosamente en estas páginas, por cuanto suponen de avance en el debelar de errores crítico-literarios de toda laya de quienes le han precedido en el estudio de la obra quevedesca, ya que se trata de un análisis rigurosísimo de cómo le fueron atribuidos, de cómo han pasado a las posteriores ediciones y de cómo, a veces, la intuición o el olfato de algún crítico, tal Astrana Marín, llegó a desechar varios de esos sonetos porque no le «sonaban» a Quevedo, pero simplemente —insisto— por razón intuitiva, mientras que Aurelio Valladares lo hace con el documento preciso y el rigor de quien conoce el tema de primera mano y lo deja resuelto para siempre, de modo que lo que comenzó siendo un estudio de un poeta importante, pero «menor», termina convirtiéndose en fuente inexcusable para los estudiosos de la lírica quevedesca de aquí en adelante, lo cual no es poco decir.

A partir de aquí traza ya el estudio profundo de cada una de las obras de Pedro de Padilla, insertándolo primero en el panorama literario de su época, en sus relaciones con grandes y pequeños autores. Comienza el estudio por el *Romance de Don Manuel*, en pliego suelto, uno más de los breves que se publicaban en la época, sigue por el *Tesoro de varias poesías*, respecto al

cual realiza algunas consideraciones previas. Analiza las canciones, las coplas castellanas, las glosas; y cifra con perspicuidad cada una de las partes de que se componen, de acuerdo con una estructura premanierista que nos recuerda la composición de algún libro de Alonso de Bonilla como *Nombres y atributos*. Continúa con el estudio pormenorizado de las églogas pastoriles y los sonetos; después, el *Romancero*, dentro de la lírica tradicional, aunque con ciertas novedades de que solían hacer gala muchos de los autores llamados tradicionales. Estudia el *Jardín espiritual*, *Grandezas y excelencias de la Virgen*, *Monarquía de Cristo*, su obra novena, y el *Segundo cerco de Dñu*, su última obra. Concluye el libro con un apéndice, resumen o índice de primeros versos de toda la poesía de Pedro de Padilla, y una bibliografía espléndidamente sintetizada, aunque, como siempre, aquí cabe la cordial discrepancia sobre si tal o cual trabajo debería haberse citado o no, o se echa en falta alguno que se nos antoja (nunca mejor dicho) imprescindible, cosa que el autor «resuelve» de la mejor manera posible, pues refiere sólo lo que ha manejado, o sea, sólo aquellos libros o artículos que han sido citados en el cuerpo del estudio, con lo cual, en cierto modo, al tomar una postura tan objetiva, elimina la discrecionalidad que cupiera al escoger una bibliografía siempre discutible o completable con estudios de mayor o menor entidad.

Para que no se diga que todo es positivo en esta reseña, le «reprocharemos» algún detalle menor; por ejemplo, a veces la errata –más de las que el autor deseara– se produce, probablemente no imputable a él, sino a quien ha publicado o impreso la obra. Pero a este respecto estamos ya suficientemente curados de espanto y difícilmente podríamos acabar, pese a los evidentes progresos, con todas ellas. En alguna ocasión hay cierto error material al repetir alguna palabra en el mismo contexto, dando lugar a la molesta y evitable cacofonía. Pero éstos son reparos menores de rebuscado lector, detalles menores –digo– que el autor hará muy bien en no tener en cuenta para futura reedición, que en nada empecen la lección erudita, la capacidad demostrada y el haber rescatado para siempre a una figura de la talla de Fray Pedro de Padilla, que a partir del estudio de Aurelio Valladares, queda ya como uno de los mejor conocidos y revisados en profundidad, aunque el tema quede, como siempre, abierto para ulteriores compleciones del mismo crítico, que podrá profundizar en alguno de los aspectos que él ha dejado intencionadamente abierto, frente a los ya conclusos para siempre. Cuando haya que continuar con el análisis de alguna de las obras habrá que referirse, sin duda ninguna, a este estudio. Quienquiera que pretenda estudiar, para una

futura edición, el *Jardín espiritual* o la *Monarquía de Cristo*, tendrá que referirse inexcusablemente a él, lo mismo que cualquier estudioso del romancero español de los siglos XVI o XVII, porque, evidentemente, su análisis de los romances de Padilla así lo requiere.

Con todo, además del rigor del análisis, destaca con mucho el aparato biobibliográfico y ecdótico estricto. En pocos trabajos de erudición, de crítica sobre autores de los siglos XVI y XVII hemos encontrado la cantidad de datos, la referencia precisa y la orientación tan exacta para que se pueda saber dónde está cada uno de los manuscritos —en el caso de que lo sean— o cada uno de los ejemplares conservados, reproduciendo incluso la signatura, de acuerdo con las orientaciones biobibliográficas hoy más al día de la escuela de José Simón, a la que el autor, por derecho propio, pertenece, y que en nuestra provincia había tenido el antecedente excepcional del libro de Caballero Venzalá, del cual éste, en el rigor minúsculo de un solo poeta, es digno émulo y continuador.